

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR

Discurso pronunciado el 17 de diciembre por el Sr. Mayor General Manuel Jaime Guerrero Paz en la Plaza de Bolívar de Bogotá con motivo del aniversario de la muerte del Libertador.

Profundamente honrosa es la distinción que me ha concedido la benemérita Sociedad Bolivariana de Colombia al designarme para evocar la memoria del Padre de la Patria a los 135 años de su muerte, justamente este año en que celebramos el bicentenario de su natalicio.

Cerrar un ciclo tan magnamente conmemorado no es tarea fácil, máxime cuando la figura del Libertador ha sido expuesta en diversas, profundas y variadas facetas por sus brillantes y eruditos biógrafos de Colombia, de América y del Mundo, de ayer y de hoy. Sin embargo, para un General de la República, hablar de Bolívar ha sido, es y será siempre motivo de orgullo y de devoción, por ser él la más gloriosa y genial expresión humana de América y su más grande figura militar; no tanto por sus lecciones táctico-estratégicas, particularmente fecundas las segundas, y que ubican su genio guerrero al lado de los grandes capitanes de la historia, como por todo su legado espiritual, ejemplo eterno de patriotismo, de amor a la gloria, de entrega a la libertad, de culto a toda esa gama de virtudes castrenses como el honor, el valor, el sacrificio, la abnegación, la generosidad, el desprendimiento, el desvelo por sus subalternos y sobre todo por esa fe inquebrantable en las razones de

lucha y en la victoria final que lo llevaron a convertirse en el más grande caudillo de la revolución Hispanoamericana, en el más brillante General del Nuevo Mundo, en el Jefe cuya sola presencia encendía en el alma de sus hombres el vértigo heroico que los hacía invencibles en el campo de batalla.

Por eso Bolívar, para la Institución Militar de la República, más que su eximia figura procera, es su símbolo supremo confundido con la patria misma; como también lo es para Colombia y para Latinoamérica, cada vez que escuchen las llamadas de la unidad, requisito imprescindible para lograr el desarrollo de sus pueblos y para conquistar un sitio digno en el contexto de las grandes naciones. Símbolo que emerge y se proyecta sobre las nevadas cumbres de los Andes y los horizontes sin fin de las llanuras como paradigma de nuestra raza cósmica, como ejemplo de lo que pueden nuestros pueblos en los momentos cruciales de su destino, como solemne expresión de los más caros valores de nuestra esencia nacional y latinoamericana. Símbolo que tiene su más fiel significación en el caballero de la gloria y de la libertad, tal como lo llamara uno de sus biógrafos. Caballero tanto por sus geniales virtudes como por haber recorrido al lomo de su caballo de guerra miles de kilómetros de llanuras, selvas, ríos, montañas, punas y desiertos de la América del Sur; paladín de la gloria y de la libertad por haber constituido de estos valores la razón única de su fecunda existencia.

Pero la egregia figura del caballero de la gloria y de la libertad, símbolo del continente mestizo es típica, distante de aquellas estatuas de perfiles greco-romanos que, sin embargo, realzan nuestros parques, plazas y lugares históricos con mucho de magnificencia y poco de autenticidad; tampoco es Bolívar símbolo del caballero medieval sin tacha y sin miedo, avasallador de feudos y conquistador de naciones; y aun cuando es el Gran Capitán del Nuevo Mundo con un poco de Alejandro, de César y de Napoleón, es sobre todo el caudillo criollo que con la fuerza de su voluntad y la agudeza de su genio, pudo despertar el valor y la dignidad en pueblos enteros sumergidos en la servidumbre y logró domar todas las hordas impetuosas de los llanos, animarlas de sentimientos heroicos, y arrastrarlas tras de sí, para destrozar el mundo caduco del colonialismo y del poder absoluto, llevando en una mano la

lanza y en la otra el fuego ardiente de la libertad; su efigie está esculpida por el sol tropical y el viento de la montaña, hecha de sangre conquistadora e indígena, amasada con tierra y polvo de América tal como lo idealiza magistralmente Arenas Betancur.

Quizá la aproximación simbólica fidedigna del caballero de la gloria y de la libertad americana, sea el Quijote, tal como lo reconoció el propio Libertador y como inteligentemente lo bautizó Don Miguel de Unamuno. Los libros de caballerías y las frecuentes vigiliás revolcaron el cerebro del pacífico hidalgo de La Mancha, como las ideas de la enciclopedia y el ambiente revolucionario, la mente del taciturno joven mantuano, despertándose en ambos con pasión inquebrantable el afán de ser grandes, de ser útiles, de realizar hazañas sin par en los anales de la historia. Así, el mundo de Don Quijote se pobló de perversos gigantes, de follones y de malandrines que lo hicieron jurar ante su amada Dulcinea no dar reposo a su brazo hasta no "desfacer todos los agravios, enderezar todos los entuertos, enmendar todas las sinrazones y satisfacer todos los desvelos"; el alma criolla y apasionada de Bolívar, gestada en el odio a los peninsulares y alimentada por las ideas revolucionarias de Francia y de Norteamérica, transformó a España en símbolo del fanatismo inquisidor y cruel y a la plácida y solariega vida colonial en terrible e insoportable tiranía, y juró ante la Roma antigua de los Césares, no dar descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta no romper con su espada las cadenas de la esclavitud y del opróbio que ataban a su patria.

Gran parte de los actos y frases de Bolívar llevan el sello del caballero andante de la triste figura metamorfoseada en el transfondo de su psiquis con el signo de la gloria y de la libertad: "Yo no estoy bien sino en los peligros combinados con los embarazos", "Yo soy el hombre de las dificultades"; "Pronto estoy listo a marchar con mis queridos compañeros de armas a todos los confines de la tierra que sean oprimidos por los tiranos".

La imagen del Libertador sólo se aparta de la de Don Quijote en cuanto hace a su lucha sobrenatural por estructurar políticamente a los pueblos surgidos de su pluma y de su

espada. Mientras los demagogos de Colombia dirigían sus esfuerzos a implantar formas políticas producto de la evolución social de otras naciones avanzadas, en buena parte reñidas con la realidad sociológica Hispanoamericana, Bolívar pretendió, anticipándose al tiempo, conformar un grande y poderoso estado con todos los pueblos connacionales en religión, lengua, cultura e historia, con miras a dignificarlos con las luces de la educación y a promoverlos para que fueran capaces de irradiar la libertad y las bondades de una democracia real a todos los confines de la tierra. "Ni nosotros, dijo, ni la generación que nos sucede verá la república que estamos fundando". Los héroes no luchan en beneficio propio sino en el de las generaciones por venir, y generalmente no les es dado poseer o contemplar su propia obra, porque es ésta la expiación que demanda la gloria de redimir pueblos con espíritu caballeresco.

Por ello, la fuerza superior de los acontecimientos gestada en la ambición personal, fanatismo e incomprensión de su obra por sus lugartenientes, lo inmoló tras su fin inalcanzable de la confederación Hispanoamericana y aun de la integridad de su Colombia Grande; y después de casi dos décadas de arduo y continuo batallar, desde las ardientes llanuras del Orinoco hasta las cumbres nevadas de los Andes Boliviano-Argentinos, se vio arrojado y vencido en las playas del Caribe, donde entregó su alma a Dios después de haber "arado en el mar y edificado en el viento". Pero si sus magnas concepciones políticas repelidas por el espíritu revolucionario de la época y escarnecidas por la demagogia de los dogmáticos, naufragaron en el claroscuro de la historia, reaparecen hoy con dinámica creciente iluminadas por el fuego sagrado que dimana de su ecuestre silueta. Así columbro yo en lontananza de mi mente la representación majestuosa del Libertador, quizá por ser un viejo soldado de caballería, del arma noble de los bravos centauros del Arauca que al descender del Llano guiados por la luz del genio, hizo palidecer la gloria con sus hazañas y sembró de laureles los caminos de la libertad americana.

Ciertos sectores de una pretendida nueva ilustración, nos endilgan a los militares el concebir un Bolívar autócrata y actuar con ese espíritu; todo porque hemos sido apóstoles de su heredad sagrada. Si el pasado influye decisivamente en el presente, no es menos cierto que lo que se está haciendo in-

fluye sobre la interpretación de los hechos consumados. Así, quienes dicen inspirarse en el ideario Bolivariano para animar la subversión y con ella el secuestro, el asesinato, el terrorismo y otros innobles e inhumanos delitos, no están haciendo otra cosa que pervertir la historia en busca de la razón de la sinrazón, de luchar contra la voluntad popular para conquistar el poder e imponer ideas antibolivarianas y consecuentemente contrarias a nuestra tradición, cultura y valores. Nosotros los militares no somos ni mucho menos conformistas o reaccionarios; como particulares, somos colombianos a veces descontentos, pero como soldados, absolutamente disciplinados, leales a la constitución y a las leyes de la República, siempre con la esperanza de una patria más grande y amable para todos, que no sea un conjunto humano egoísta e insolidario, menos propiedad de una clase, o regida por un tirano; sino una nación fundamentada como ha estado y está, en la voluntad ciudadana, orientada por la democracia tras el logro del bien común y alimentada con todo ese acervo glorioso de la historia, tal como Bolívar procuró moldear a Colombia. Por tal razón, en la tarea de mantener las instituciones, la soberanía y el honor nacional, somos centinelas insobornables y fieles vasallos del caballero de la gloria y de la libertad que hoy hace 135 años en la soledad de San Pedro Alejandrino abandonó este mundo pequeño para entrar en el de la inmortalidad.

Hoy, desde la distancia del tiempo y de la fama, contemplamos la dimensión gigante del Guerrero y del Estadista, del sociólogo y del visionario, del hombre y del genio, con inmensa devoción y renovamos nuestros votos de lealtad a sus principios con la esperanza de obtener su concreción, so pena de vernos mañana sumidos en el atraso o bajo el yugo del despotismo totalitario.